LOS ACADÉMICOS Y EL FUTURO DE LA UNIVERSIDAD

*Manuel Gil Antón**

1. Breve nota previa

Siempre ha sido difícil realizar trabajos que procuren estimar el comportamiento de las instituciones sociales, pues la cuota de incertidumbre que se deriva de la limitación de nuestras estrategias intelectuales para conocerlas es muy grande. La percepción que hoy tengo, al finalizar la redacción de estas cuartillas —a escasos 6 días de las elecciones federales en México— hace más profunda la fragilidad aplicable a toda prospectiva en el ámbito de las relaciones sociales.

El futuro del país, sin que en esta socorrida frase persista exageración alguna, está en juego y el que esto escribe forma parte de un sector muy amplio de ciudadanos que cuentan con su credencial de elector y la decisión de votar como siempre, pero que esperan que esta vez, por fin, los votos cuenten y decidan.

Esta condición ciudadana elemental debería bastar para abrir un margen de certidumbre, pero no parece ser el caso: hace tiempo advertí que nuestra transición democrática no pasa necesariamente por el ejercicio simple y llano —pero fundamental— del voto de cada uno y su contabilidad con arreglo a la aritmética general. Un desconocido me encuestó en la acera izquierda de una calle imaginaria y he aquí una síntesis del interrogatorio:

61

* UAM-Azcapotzalco.

Manuel Gil Antón

¿Quién es usted? Pues un tipo con credencial de elector y derechos a salvo para votar... ¿Asistió al encuentro Vuelta? No. ¿Al organizado por Nexos? No. ¿Forma parte del Grupo San ángel o el Grupo Santa Julia? No. ¿Lo ha convocado el EZLN para asistir a la Convención? No. ¿No tiene ni una carta del señor Marcos? No. ¿Fue usted parte de los casi 70 convocados por Mejía Barón para la Selección Mexicana? No. ¿Quién es usted, entonces?

Tal vez sigamos siendo ciudadanos imaginarios en un país de corporaciones y pactos, de unciones desde lo alto; no lo sé, pero me adscribo a la esperanza de que los votos cuenten y decidan.

Desde estos días de incertidumbre y conciencia del riesgo, lo que ofrezco al lector es una propuesta de rumbo para las universidades mexicanas que resulta coherente con una delimitación del concepto de universidad —que inevitablemente se ancla en ciertos valores—, y un análisis general de la evolución del sistema de la educación superior en los pasados treinta años, con base en el trabajo de investigación sobre los académicos mexicanos en que he participado. Es una propuesta de rumbo abierta al debate y a la crítica que procura atenerse a la enseñanza de Max Weber:

62

Una ciencia empírica no puede enseñar a nadie qué debe hacer, sino únicamente qué puede hacer y, en ciertas circunstancias, qué quiere.

2. ¿Qué es una universidad?

Hace poco más de un año, por iniciativa de dos colegas que consecutivamente han ocupado el puesto de rectores de mi universidad, formo parte de un grupo de académicos¹ que hemos tratado de delimitar los rasgos invariantes que de manera típica se pueden postular como propios de la institución social a la que llamamos universidad.

¹ Grupo de Trabajo sobre la Universidad (UAM): Ernesto Azuela, Fernando del Río, Manuel Gil, Rafael López Rangel, Manuel Meda, Adolfo Mir, Fernando Mora, Luis Porter, Daffny Rosado, David Torres y Roberto Varela.

LOS ACADÉMICOS Y EL FUTURO

Se trata de un esfuerzo —necesariamente inacabado y abierto a su profundización— por caracterizar a la universidad de tal modo que permita su distinción nítida de otras instituciones, esto es, que haga posible su identificación. Sin pretender exhaustividad, se han propuesto seis características necesarias que, al relacionarse, delimitan a lo que entendemos por universidad:

1. La universidad es una institución que tiene como tarea central el **cultivo del conocimiento** en su más amplio sentido.
2. En la universidad, el conocimiento se concibe como **bien público**.
3. Es propio de la actividad universitaria la **integración** institucional de los procesos de generación, transmisión y difusión del conocimiento. Que estos tres procesos se encuentren intergados conduce a distinguir a la universidad de un centro o instituto de investigación, una escuela de estudios superiores o una casa editorial.
4. De lo anterior se sigue que es propio de la universidad la generación de ambientes específicos en los cuales es posible **socializar** a sus actores en la cultura académica. En la universidad no sólo, ni principalmente, se transmite información, sino que se adquieren valores, ritos, hábitos, destrezas y habilidades propios de los diversos campos del conocimiento y de sus aplicaciones.
5. El valor más profundo de la relación con el conocimiento consiste en el respeto y cultivo de la **actitud crítica fundada en la razón** como criterio de dilucidación de diferencias y garante de la libertad y autonomía de la universidad.
6. Por lo antes dicho en los rasgos previos, la universidad es una institución social idónea para la **acreditación** del conocimiento adquirido.

63

Dados estos aspectos típicos que surgen de la centralidad que en la universidad tiene el desarrollo del conocimiento, resulta claro que los

Manuel Gil Antón

actores fundamentales de la vida universitaria son los académicos y los estudiantes.

No viene al caso, para los fines de este trabajo, detenernos más en esta delimitación o desarrollar más su contenido e implicaciones, pues se enuncia con el fin de aclarar la concepción de universidad desde la cual se piensa su futuro.

3. El papel crucial de los académicos

Para lograr la concentración de la institución universitaria en el conocimiento como bien público, de tal suerte que se generen espacios de socialización en la vida académica por medio de la integración de las tareas de docencia, investigación y difusión, es preciso contar con grupos académicos sólidos y vitalmente comprometidos con el desarrollo del saber y su cultivo a través de la crítica racional e independiente.

64 Estos grupos o núcleos de académicos deben operar como los organismos de base que, a través de su dinámica, fortalezcan y orienten a las universidades y les permitan transitar conservando su identidad, por ejemplo en nuestra época, sin dejarse atrapar por el inmediateísmo del mercado pero, a su vez, evitando que la universidad se aisle del mundo de manera absoluta.

De manera muy general, estas redes de identificación académica se caracterizan por la vinculación de diversos sujetos a través del lazo común de su afiliación con la producción y transmisión de un cierto saber, inscrito en algún campo científico o humanístico, relativo a un objeto de estudio o a una forma de plantear un nuevo problema.

Estas entidades académicas, con mayor o menor grado de formalidad al interior de las instituciones universitarias, son vitales para la conservación de los rasgos invariantes propuestos como delimitación de la universidad. De su fortaleza y vitalidad se desprenden las mejores estrategias para la relación de la universidad con otras instituciones sociales, y de ellas derivan las más confiables alternativas para el desarrollo de la docencia, la investigación y la difusión del conocimiento.

En su ausencia, las instituciones pretenden sustituir su función reguladora y orientadora a través de estructuras administrativas y reglamentaciones abundantes: su eficacia es muy dudosa. ¿Qué estructura

LOS ACADÉMICOS Y EL FUTURO

burocrática puede sustituir eficazmente a un núcleo de académicos vital y dinámico como base de un programa de licenciatura o de un proyecto de investigación? Las experiencias de coordinadores administrativos de la “asignación” de cursos para un conjunto desarticulado de “enseñantes”, o el detalle exhaustivo de los formatos “correctos” para los proyectos de investigación no tienen la fuerza necesaria para orientar la vida académica.

4. La situación en México

Hasta ahora se ha propuesto una delimitación de la universidad a través de la relación compleja de seis rasgos invariantes, cuestión que conduce a advertir la relevancia institucional de los grupos académicos como base de su sistema de regulación inteligente y garantía de la conservación del sentido profundo de la actividad universitaria.

Conviene dar un paso más: ¿La conformación del sistema universitario mexicano ha sido guiada por la lógica del fortalecimiento y consolidación de sus núcleos académicos?

A mi juicio, la respuesta es negativa. El eje central del desarrollo del conjunto institucional de la educación superior mexicana no ha sido la consolidación y el desarrollo de sus núcleos académicos.

Otros aspectos han ocupado el centro en la conducción del sistema: uno de ellos, muy relevante, ha sido la atención simple a la demanda de estudios o, más bien, a la demanda por certificados que diversos grupos sociales han generado en las últimas tres décadas (Fuentes Molinar, 1989). La respuesta a la demanda de certificados, concebida como la tarea central a atender, conduce a la construcción de un sistema nacional de *certificación escolarizada* para el cual la necesidad de núcleos académicos sólidos es innecesaria.

Un sistema así orientado, no por el conocimiento y su ulterior certificación, sino por la certificación y su *eventual* relación con el saber relevante, no requiere invertir en la consolidación de grupos académicos; más bien, invertirá en sistemas administrativos de distribución de insumos para el logro de la certificación, diluyendo la densidad de la función docente y excluyendo, como regla general, la función que la investigación

Manuel Gil Antón

y la difusión tienen como componentes integrados de la relación de los académicos con sus campos disciplinarios y problemáticos.

5. Los académicos mexicanos

Esta consideración hipotética que hace del sistema de la educación superior en México una tarea pendiente, habida cuenta de que en general lo construido hasta ahora ha sido más bien un sistema certificador insuficiente ante los retos del país, puede ser puesta en relación con el proceso de conformación del cuerpo académico mexicano.

Para ello, en seguida se ofrecen algunos rasgos de las condiciones sociales e institucionales que los académicos, que hoy laboran en las instituciones superiores, tuvieron al momento de ser contratados por primera vez como profesores en el nivel de la licenciatura. Esta información procede de la investigación desarrollada por el Equipo Interinstitucional de Investigadores sobre los Académicos Mexicanos.²

66

5.1 La multiplicación de los puestos

Entre 1960 y 1992 ocurrió un proceso de crecimiento y diferenciación del nivel superior de la educación en México muy notable. En 1960 había 50 instituciones de educación superior en todo el país, a las que asistían

² *Los rasgos de la diversidad: un estudio sobre los académicos mexicanos*, UAM, 1994. El Equipo de Investigación estuvo conformado por: Manuel Gil, Rocío Grediaga, Lilia Pérez Franco, Norma Rondero, Miguel Casillas, Adrián de Garay, Edgar Armenta, José Raúl Rodríguez, Patricia Camarena, Lorenza Villa Lever, Carolina Acevedo, Martín Patricio Fernández, Atala Livas, Miriam Ramírez, Angélica Vences, María Luisa Chavoya, Silvia Aguila, Héctor Álvarez, Ricardo Moreno, Themis Ortega, Jenny Beltrán, María Elena Campuzano y Elia Hernández.

Este conjunto de colegas pertenecen a once instituciones de educación superior y elaboraron una muestra de 3764 académicos adscritos a 24 instituciones — públicas, tecnológicas y privadas — en el nivel de licenciatura, ubicadas en ocho estados de la república: Baja California Sur, Sonora, Nuevo León, Jalisco, Puebla, Veracruz, Hidalgo y la zona metropolitana de la Ciudad de México.

LOS ACADÉMICOS Y EL FUTURO

78 mil jóvenes, lo cual implicaba que sólo 2.7 de cada 100 muchachos mexicanos en edad de estudios superiores —20 a 24 años— estuviesen inscritos en alguna de esas escuelas.

Tres décadas después, según los datos de 1992, contábamos con 372 instituciones a las que asistían 1,126,805 estudiantes. La tasa de cobertura del grupo de edad respectivo ascendió al 15%.

La dotación institucional se multiplicó por más de 7, la matrícula de licenciatura por más de 14, y esto condujo a un incremento muy importante en la tasa de cobertura del servicio. Por supuesto, éstos son sólo algunos de los rasgos más generales del proceso, cuya complejidad es muy grande, pero bastan para advertir el contexto en el que ocurre la multiplicación de los puestos académicos: en 1960, el espacio laboral de la licenciatura nacional constaba de alrededor de 10,000 puestos de trabajo; en 1992 la cifra había ascendido a 113,238.

El proceso de crecimiento del nivel superior de la educación mexicana implica pues que —en promedio— se han generado casi nueve puestos de trabajo académico cada 24 horas, con el fin de contender con la expansión institucional y el crecimiento de la matrícula. Si detenemos la mirada a un subperíodo, el que corre de 1970 a 1985, el indicador de puestos académicos diarios se eleva a casi 13.

67

5.2 Los ocupantes de los puestos

¿Quiénes ocuparon esos puestos, con qué características demográficas y académicas arribaron a la condición de profesores universitarios? En el estudio que comento, se hallaron los siguientes rasgos generales:

68% de los entrevistados es masculino y el restante 32%, femenino. Este dato de la distribución por género del cuerpo académico que se estudia es interesante y no era visible cuando el único referente de las consideraciones eran los puestos de trabajo. La proporción femenina se ubica casi en un tercio del total. Según la información más reciente, en la matrícula de licenciatura las mujeres están por alcanzar el 50%, después de varias décadas de incesante incremento.

Al momento de ocupar por primera vez en sus vidas un puesto de trabajo como profesores en el nivel de la licenciatura, la edad promedio era de 28 años. Con menos de 24 años, esto es, cuando aún pertenecían

Manuel Gil Antón

al grupo de edad censal correspondiente a los estudiantes de licenciatura, encontramos al 28%. Mientras que el 41% se ubicaba en el rango entre los 24 y los 30 años: en síntesis, el 69% obtuvieron su primer contrato como docentes antes de iniciar la tercera década de sus vidas.

En ese momento, el 61% se encontraba soltero y el 43% todavía no tenía responsabilidades económicas con dependientes de sus ingresos. Los índices expuestos no registran una variación considerable si se desagregan por tipo de institución en la que iniciaron sus carreras académicas: universidades públicas, tecnológicos públicos e instituciones privadas.

Acerquémonos un poco a sus características académicas: en el momento del primer contrato, el 34.7% de los entrevistados no había culminado sus estudios de licenciatura, esto es, iniciaron sus labores docentes *antes* de terminar los estudios en el nivel en el que impartían clases. El 49.1% contaba exclusivamente con el título de licenciatura, de lo que se sigue que, en números redondos, el 84% no poseía un grado superior al que impartía. Las proporciones de inicio de carreras académicas con maestría —4.7%—, doctorado —1.8%— y especialidad —4.6%— nos muestran que la habilitación como académicos operó con rangos bajos de exigencia en esta dimensión.³ Las diferencias entre los diversos tipos de institución no son muy marcadas.

68

Si ya vimos una tendencia a reclutamientos tempranos en cuanto a la edad de la incorporación a la carrera académica, y un nivel de exigencia en cuanto a grados académicos concluidos que en proporción relevante —más de un tercio— no cubrió a la tenencia de la licenciatura, resulta lógico observar que el 60.9% de los colegas que integran el estudio al momento de iniciar sus trabajos como docente en la licenciatura, no tenía ninguna experiencia previa de docencia en otro nivel educativo, y que el 93.4% no había tenido con anterioridad ninguna experiencia como investigador.

Es sorprendente que un espacio laboral que recluta a sus integrantes fundamentalmente para realizar actividades docentes, no haya podido establecer una cierta cantidad de experiencia semejante como condición de contratación inicial.

³ Por si un colega atento realiza las sumas de las proporciones del párrafo, conviene señalar que el 5.1% de los entrevistados no respondió a esta cuestión.

LOS ACADÉMICOS Y EL FUTURO

Los primeros contratos fueron de carácter temporal en un 73%, alcanzando el 75% bajo la denominación de profesor "por horas" o de tiempo parcial. La lógica del reclutamiento para atender a cursos que, sobre todo entre 1970 y 1985 en los sectores públicos, se multiplicaban sin cesar, parece ser clara: situar en cada curso a un sujeto que hiciera las veces de profesor y que, respecto de los muchachos que ocupaban los pupitres, estuviera un par de pasos adelante en sus estudios. Las instituciones privadas harán lo mismo en los ochenta, período en que se expanden sus servicios.

Un dato de considerable importancia sobre el modo general con que operaron los reclutamientos en el país, nos lo ofrece la respuesta de los entrevistados a la pregunta sobre la modalidad de actividad docente desarrollada durante el primer año de sus carreras académicas: en el conjunto de la muestra, el 71.2% contestó que ese primer año emprendió sus trabajos docentes bajo su exclusiva responsabilidad, esto es, sin formar parte de una relación colegiada de iniciación en el oficio.

"Bajo su exclusiva responsabilidad" significa que la iniciación en esta actividad, antaño gregaria, fue, en el mejor de los casos, a través de la entrega del programa de la asignatura a impartir, de la obtención de un gis y un borrador y el auxilio mínimo para localizar el salón respectivo: *Le toca en el K 3278, buena suerte colega* fue, sin duda, la instrucción más común del encargado de la asignación docente en nuestras instituciones.

69

Esta modalidad solitaria, aislada, descansando en reclutamientos tempranos y en frágiles desarrollos de competencia académica por la vía de los estudios, es la mayoritaria en todos los tipos institucionales: así la recuerda el 67.3% de los que iniciaron sus carreras académicas en universidades públicas, el 78.6% de los que fueron reclutados por los tecnológicos públicos y el 85.1% de los que arrancaron sus carreras en las instituciones privadas.

Este dato es contundente: la iniciación en el oficio de la mayoría de los docentes que se entrevistaron en 1992, ocurrió sin referencias colegiadas, sin un grupo de académicos al que se pudiese recurrir en un proceso pautado de incorporación e iniciación. Aislados, con el reto de resolver la encomienda por sus propios medios, a lo sumo relacionados por la adscripción abstracta a alguna entidad administrativa...

Por definición, la muestra obtenida en 1992 no cuenta con colegas ingresados al espacio laboral académico y que lo hayan abandonado

Manuel Gil Antón

posteriormente: en todos los casos, se trata de profesores activos en 1992. Por esta razón el análisis del tiempo en este conjunto ha de tomarse con mucha precaución, pues aunque los académicos se pueden agrupar según su período de incorporación a la actividad académica, esos grupos *no son* una muestra de los académicos por período, dado que no tenemos noticia de los que han abandonado sus puestos.

No obstante este límite establecido por el diseño de la muestra, si agrupamos a los colegas por su período de incorporación —es decir, la parte que ingresó en determinado lapso a la actividad académica— la proporción de los que tuvieron ingresos aislados es creciente: los incorporados hasta 1959 inclusive tuvieron iniciación solitaria en un 45.9%; los que inician sus carreras en los sesenta la hacen subir al 58.6%; los que obtienen su primer contrato entre 1970 y 1985 —la fase de mayor expansión de los puestos a nivel nacional— iniciaron sus carreras con actividad docente bajo su exclusiva responsabilidad en un 70.6%; y los colegas que fueron contratados por primera vez entre 1986 y 1992 ubican esta proporción en el 79.4%.

70 | A mi juicio, como rasgo general en nuestro conjunto institucional de referencia, este modo de iniciación es un indicador muy claro de la ausencia de una política de conducción de la vida universitaria a través de la generación de núcleos académicos. La actividad docente aislada, a lo sumo organizada a través de la referencia a un programa de estudios y su forma de distribuir “cargas docentes” entre individuos agregados administrativamente, ha sido predominante en los procesos de incorporación e iniciación en la actividad académica.

5.3 El origen social de los ocupantes de los puestos

Toda la información previa ha de ser puesta en relación con el proceso de vertiginosa movilidad escolar y ocupacional que implicó, para sus actores, la conformación del cuerpo académico nacional. En el estudio se pregunta a los profesores sobre la escolaridad de sus padres, con los siguientes resultados:

Los académicos que entrevistamos, en un 70.7% con respecto a sus padres, y 89.8% a sus madres, son parte de la primera generación de sus familias que logran arribar a los estudios universitarios. Si, simplemente

LOS ACADÉMICOS Y EL FUTURO

a título de ejemplo se me permite una referencia personal, de *Cromagnon* a la fecha, soy el primero de los Gil y de los Antón que pisa un salón como estudiante de una universidad.

Más aún: el 42.3% de los padres y el 50.3% de las madres de los académicos alcanzaron, como máximo nivel de estudios la primaria completa. El salto generacional en términos de escolaridad es muy grande y, en el caso que estudiamos, aún mayor es la movilidad, pues no sólo se arriba a niveles de estudio inéditos para la mayoría de las familias de las que proceden, sino que además, se obtiene un empleo como profesor universitario: el estatus de la ocupación es incomparable.

Recapitulemos: en el contexto de un proceso muy relevante de movilidad escolar y ocupacional, obviamente en relación con modificaciones muy profundas en las estructuras sociales de la sociedad mexicana posteriores a la segunda guerra mundial, vemos conformarse un creciente conglomerado de trabajadores académicos en sintonía con la expansión institucional y el incremento de la matrícula. Los reclutamientos son tempranos y la celeridad de la incorporación no permite una consolidación de la formación personal de los reclutados. Sin embargo, se trata de lo que podríamos llamar "lo mejor de cada casa" en el contexto de la expansión de oportunidades educativas del país. Pero, como condición general en el sistema, la forma de organizar las instituciones, fuertemente presionadas por la atención a la demanda de cursos para abrir paso a la vía certificadora, derivó en modalidades de iniciación aisladas, solitarias, sin vestigios de colegialidad en los primeros pasos.

Ante la ausencia de grupos académicos cohesionados como entidades reguladoras y dinamizadoras de la vida académica, no resulta incomprensible el predominio en las instituciones de cuerpos administrativos y sus lógicas no-académicas de desarrollo.

5.4 Una mirada a las trayectorias y la diversidad actual

A la luz de esta descripción general del modo de incorporación e iniciación de la mayoría de los académicos que se estudian, no resulta sorprendente la fragilidad de los cuerpos académicos sino el hecho de que, a pesar de todo, existan embriones de redes académicas de identificación y éstas modulen, de maneras diferenciadas, sus carreras y estrategias de

Manuel Gil Antón

reproducción. Veamos algunos rasgos de la diversidad que, en un contexto homogeneizador e indiferente a la diversidad de los grupos académicos, a duras penas ha podido sostenerse a lo largo de las últimas décadas.

El espacio laboral estudiado tiene como característica una alta tasa de autorreclutamiento, entendiendo por ello, que se inicia la carrera académica en la misma institución en la que se han cursado los estudios de licenciatura: 71.1%. A su vez, una proporción muy relevante de los colegas entrevistados ha mantenido una vinculación contractual constante con la misma institución en la que iniciaron sus trayectorias académicas: 64.8%. Se trata pues, de un espacio laboral donde lo predominante no es una intensa movilidad interinstitucional, sino más bien la estabilidad con el referente laboral específico. En ese contexto, sus rasgos han variado considerablemente.

La edad promedio del conjunto, en 1992, era de 40.89 años, que restada a la del primer contrato —28.16— nos informa de una antigüedad promedio cerca de los 13 años. En ese lapso, por ejemplo, los perfiles formativos han variado sustancialmente: mientras en el momento del primer contrato el 84% no contaba con un grado superior al de la licenciatura —y 34.7% no lo había obtenido—, en 1992 se encontraba en esa situación el 35.7% —reduciendo la proporción de colegas sin licenciatura al 4.8%— y, por ende, la proporción con estudios de posgrado había ascendido al 64.3%.

Como rasgos de la diversidad se destacan distintas formas de apreciar la diferenciación de las trayectorias académicas. Para los fines de este artículo, me concentraré en algunos indicadores relevantes y mostraré la diversidad que exhiben si se atiende a los colegas que están plenamente concentrados en las actividades universitarias y se les compara con los que mantienen una vinculación marginal con la vida académica.

En el primer caso, que llamaremos tipo de “plena dedicación académica”, se trata del conjunto de entrevistados que respondieron que los ingresos que obtienen de sus actividades universitarias son la totalidad o la parte más relevante de sus ingresos y que, además, no cuentan con otro empleo fuera de las instituciones de educación superior. El segundo grupo, denominado tipo de “dedicación académica marginal”, se conforma con los colegas para los cuáles los ingresos académicos son irrelevan-

LOS ACADÉMICOS Y EL FUTURO

tes en comparación con lo que obtienen en sus otras actividades remuneradas no-académicas.

Veamos primero sus perfiles formativos: Los colegas adscritos al tipo de plena concentración en la vida académica, tienen el grado máximo de licenciatura en una proporción cercana al 31%. Sólo el 7.6% ha optado por la vía de las especializaciones post-licenciatura, de tal suerte que, en números redondos, el restante 61% se encuentra modificando sus niveles formativos a través de maestrías y doctorados.

El grupo de los que mantienen una vinculación marginal con las universidades concentran al 37% con grado máximo en la licenciatura y al 27% con especializaciones, esto es al 64%, orientando sus pasos formativos a través del patrón de la alta habilitación profesional. El restante 36% ha emprendido estudios en los sistemas de posgrado de corte más académico, como son —en términos generales— las maestrías y los doctorados.

Sin que sea un contraste espectacular, ambos grupos muestran una tendencia diversa: si se quiere ver con más detalle este asunto, resulta un buen indicador que casi el 20% del primero haya obtenido o esté por obtener su doctorado, mientras que en situación semejante se encuentra sólo el 5% del segundo grupo.

Al preguntar a ambos grupos cuál sería la modalidad de actividad académica que preferirían desarrollar si estuviere en sus manos decidirla, los concentrados en la actividad académica, en una proporción del 67%, preferirían combinar la docencia con la investigación; mientras que el conjunto con vinculación marginal optaría, en una proporción idéntica (67%), por la relación entre actividades profesionales y labores académicas. La fuerza de atracción de la vida académica es diversa, y no es resultado directo o exclusivo de las condiciones de trabajo que ofrecen las instituciones: también tienen que ver con las opciones de los actores.

Un último dato muestra que, si se pretende comprender al cuerpo académico en México y, por supuesto, si se estima necesario impulsar el fortalecimiento de los grupos académicos en nuestro sistema, la diversidad es una realidad a tomar en cuenta. Cuestionados en torno al criterio de prestigio académico que debería operar al interior de las instituciones, el primer grupo concentró sus preferencias en las publicaciones, mientras el segundo optó por el reconocimiento en el ejercicio libre de la profesión.

Manuel Gil Antón

La agregación hasta el momento explorada, aunque ya significativa y alentadora de las perspectivas analíticas y políticas favorables a la diversidad, es aún considerablemente gruesa, heterogénea. Para culminar esta parte del texto, vale la pena mencionar un nivel de desagregación mayor tratada en el estudio, como es la afiliación disciplinaria.

Por ejemplo, mientras que el 66% de los físicos del estudio cuentan ya en 1992 con maestría o doctorado, los académicos afiliados a la contabilidad poseen maestrías en 8.4%, y carecen de doctorados: el grueso de sus integrantes —74%— cuenta con licenciaturas y otro 15% ha obtenido alguna especialización. Otro caso relevante es el de los médicos, pues el 57% posee especialización, y es de sobra conocido que esos estudios en el campo de la salud, son tanto o más difíciles de desarrollar con éxito que los posgrados clásicos: ¿conviene, por decreto, orientar al sistema para que todos los académicos obtengan doctorado con independencia de sus campos disciplinarios de afiliación?

6. A manera de conclusión

74

A pesar de que el conjunto institucional estudiado como regla general muestra un proceso de reclutamiento homogeneizador fuertemente atraído por la simple lógica de atención a la demanda y muy poco atento a la generación de condiciones para el surgimiento, fortalecimiento y consolidación de grupos académicos diversos como organismos reguladores de la vida intelectual que la universidad implica, la historia advertible de la sección del cuerpo académico mexicano que hemos estudiado presenta rasgos y tendencias a la diversificación, con arreglo —al menos— a la variación en las opciones de vinculación con las actividades académicas y su relación con las diferentes afiliaciones disciplinarias.

Si en un contexto desfavorable a la consolidación de núcleos académicos y poco atento a su diversidad como elemento dinamizador de la vida académica se presentan claros rasgos de diferenciación, ¿qué podría esperarse de una estrategia de reforma fuertemente anclada en la generación de ambientes institucionales para el surgimiento, consolidación y fortalecimiento de los grupos académicos? A mi entender, podríamos esperar el enriquecimiento de la diversidad y el subsecuente incremento de la energía intelectual que es característico de las universidades que

LOS ACADÉMICOS Y EL FUTURO

valen la pena, que se relacionan inteligentemente con su entorno, que se afianzan en el valor del conocimiento y en el desarrollo de sus distintas modalidades.

Se trata de una propuesta de rumbo que implica una gran *inversión*. Inversión en el sentido de una asignación mayor de recursos sociales a las universidades, pero acompañada de una radical inversión de la concepción de universidad que ha sido predominante en nuestro país: implica pasar de la concepción de la universidad como agencia certificadora que descansa en entidades administrativas, a la de la universidad como empresa cultural que finca su potencia en la vitalidad y dinámica de sus núcleos académicos.

En ocasiones pienso que es más fácil obtener dinero —y vaya si el proyecto es caro— que lograr el cambio de concepción de la universidad que implica el rumbo que he propuesto. Me animo a compartirlo, pues me parece que el país requerirá debatir el futuro de sus universidades en esta etapa de reorganización de sus estructuras de gestión pública y orientación general de los valores que nos permitirán transitar al nuevo siglo.

A mi juicio, en todas sus modalidades institucionales, el actor ausente en la trama de la vida universitaria mexicana ha sido el académico. Razones estructurales y de conducción profunda lo hacen comprensible, pero no deseable para el futuro: en estos días es necesario asumir la ciudadanía de tiempo completo, y en el nivel de la educación superior esto significa, que los académicos no podemos seguir viendo el partido desde fuera del estadio: la cancha es nuestra, y es preciso jugar.

75

Referencias

Fuentes Molinar, Olac, "La educación superior y los escenarios de su desarrollo futuro", en *Universidad Futura* n° 3, 1989, UAM-A.